

Nuevas perspectivas
sobre la Shoá

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alejandro Villar

Vicerrector
Alfredo Alfonso

Nuevas perspectivas sobre la Shoá

Ivan Jablonka
y Annette Wieviorka
(compiladores)

Traducción: Senda Sferco



Bernal, 2017

Colección Derechos humanos
Codirigida por Baltazar Garzón y María Sonderéguer

Nuevas perspectivas sobre la Shoá / Ivan Jablonka ...
[et al.]; compilado por Ivan Jablonka; Annette Wiewiorka.
- 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2017.
128 p.; 20 x 14 cm. - (Derechos humanos / Sonderéguer,
María; Garzón, Baltazar)

Traducción de: Senda Sferco.
ISBN 978-987-558-458-7

1. Historia de Europa. 2. Holocausto Judío. 3. Memoria.
I. Jablonka, Ivan II. Jablonka, Ivan, comp. III. Wiewiorka,
Annette, comp. IV. Sferco, Senda, trad.
CDD 940.5318

Traducción: Senda Sferco

Título original: *Nouvelles perspectives sur la Shoah*

© Presses Universitaires de France

© Universidad Nacional de Quilmes, 2017

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-458-7

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Índice

Prólogo a la presente edición, <i>Patricia Funes</i>	9
Comprender, testimoniar, escribir, <i>Annette Wiewiorka</i>	25
Bad Arolsen. En el bosque de los archivos nazis, <i>Jean-Marc Dreyfus</i>	39
La Shoá en los despachos. Las administraciones y la aplicación de la política antisemita bajo Vichy, <i>Tal Bruttman</i>	55
La historia de la Shoá y el método cuantitativo, <i>Ivan Jablonka</i>	65
La cacería de judíos y las cosechas de oro. Nuevas investigaciones sobre la Shoá en Polonia, <i>Audrey Kichelewski</i>	75
Los guetos, ¿lugares de resistencia judía?, <i>Florence Heymann</i>	93
Nueva memoria para una nueva historia, <i>Ivan Jablonka</i>	103
Bibliografía seleccionada	117
Autores	125

Prólogo a la presente edición

Patricia Funes

En el principio no había un nombre excepto para los sobrevivientes. Para ellos se había tratado de la *hurban* (la destrucción); a partir de 1948, se generalizaron la palabra y el concepto “genocidio”; en las décadas de 1970 y 1980, “holocausto” (“sacrificio por el fuego”) y, debatiendo con esta palabra, *shoá* (catástrofe). Así, Annette Wieviorka recorre las maneras de nombrar lo indecible, desplegando los acentos de los estudios sobre la Shoá en el capítulo inicial que llama “Comprender, testimoniar, escribir”. Y es un buen comienzo para introducir este libro que propone revisar las nuevas contribuciones sobre el tema. Una producción que se pregunta por el cómo y el por qué, por la vida cotidiana en los guetos, por las oscuras burocracias locales y las no menos oscuras complicidades y responsabilidades de aquellos que asintieron o participaron (por acción u omisión) en el exterminio. Trabajos que analizan las tensiones, complementariedades y diálogos entre memoria e historia. También, abordan los arraigos documentales y los caminos metodológicos de las investigaciones: los testimonios, los archivos de los perpetradores y de las víctimas, la reconstrucción cuantitativa y la biografía, la monumentalidad de los 17 millones de documentos del Archivo de Bad Arolsen y el paradigma indiciario, íntimo, de unos abuelos que no se conocieron, en la búsqueda por descifrar “ese secreto llamado Auschwitz”.

En el primer ensayo Wieviorka señala los momentos y las formas que describió la toma de conciencia colectiva sobre la Shoá desde el proceso a Eichmann hasta el denominado “boom de la memoria” hacia las décadas de 1980 y 1990 y sus giros en este siglo, acompañando ese tránsito no lineal con los temas y los énfasis de su estudio, predominantemente en la historiografía francesa, de franceses (nacidos o nacionalizados como tales), o sobre la Francia de Vichy.

La escritura de la historia está en sí misma transida de temporalidades. Wieviorka lo señala y explica. Por ejemplo: el desfasado y por mucho tiempo paralelo estudio de la *solución final* y el de las víctimas, que surgió contemporáneamente a los hechos y que tardó varias décadas en instalarse en la academia. En la estela de las obras pioneras de Léon Poliakov y Raul Hilberg sobre la *solución final*, se desarrollaron en Francia las indagaciones acerca de la responsabilidad y los mecanismos del Estado francés en la implementación de las políticas antisemitas que llevaron a la Shoá. Estudios deudores del Centro de Documentación Judía Contemporánea, con nuevas preguntas ancladas en las anteriores y otras surgidas al compás de las algo reticentes políticas de apertura de los archivos oficiales hasta finales de la década de 1990.

Los primeros historiadores de las víctimas lo fueron en primera persona en los guetos y campos de concentración. Aquellos que dejaron voluntaria y laboriosamente —en el límite de su existencia amenazada—, huellas, vestigios, rastros para testimoniar el horror. Wieviorka concentra esas experiencias en la obra del activista, intelectual e historiador de la cultura popular yiddish en los años veinte, Emanuel Ringelblum. Revisa su tenaz y excepcional creación de una célula clandestina (Oneg Shabbat), destinada a la recolección de entrevistas, escritos, fotografías, resabios materiales cotidianos de la vida en el gueto de Varsovia para escribir su historia hasta que la deportación a Treblinka impuso la perentoriedad de salvar y esconder, aún a riesgo de sus vidas, ese material, fragmentariamente encontrado al fin de la guerra.

Desde los relatos de testigos del juicio a Eichmann se desarrolló a finales de la década de 1970 la era de los grandes testimonios. Wieviorka (incluyendo la importancia de esas voces en sus investigaciones) recorre el valor histórico y ético de la recuperación de testimonios, las publicaciones y su difusión en distintos países de Europa. La autora reflexiona acerca del canon y las jerarquías de esas dos historias paralelas: la primera, aparecía “digna de los estudios superiores”, ya que tenía por objeto el estudio de la “máquina de muerte” (agregaríamos también el estatalismo que anegaba la disciplina histórica tradicional); la segunda, la de las víctimas, con su inequí-

voca marca comunitaria, sensible, y con el mandato indeleble de no olvidar, que apenas si era considerada “Historia”.

Wieviorka encuentra en la obra de tres décadas de Saul Friedlander la convergencia virtuosa entre ambas maneras de reconstruir y pensar el pasado de la Shoá, que marcaron una profunda renovación de temas, de conceptos, incluso de maneras de escribir la Historia. En su obra *La Alemania nazi y los judíos 1998-2008* acuña el concepto de “antisemitismo redentor”, ese antisemitismo que, desde un código cultural preexistente, se deslizó hacia una política de exterminio. Y para explicarlo apela al análisis del engranaje sistemático de las muertes masivas y a la vida en los guetos y campos de exterminio, a las vivencias y experiencias de las víctimas, recomponiendo así las piezas de un rompecabezas que aspira a una historia integral, despojada de colocaciones jerárquicas, explicativa y comprensiva, de una excepcional escritura, obra maestra que según la autora marcó profundamente la historiografía posterior.

Una historiografía deudora de la segunda y de la tercera generación, heredera a la vez que más emancipada del peso y los pesares de las precedentes, que sin embargo puso el acento en la orfandad y las ausencias. Una generación cultural y biológica que además contaba con la apertura y desclasificación de archivos, con las posibilidades tecnológicas de su acceso a distancia y del posible contacto con aquellas “voces que nos vienen del pasado”. Investigaciones que recuperan una individuación en nombre propio sobre el friso de las investigaciones generales. “De esta manera, y tal como lo había reivindicado Friedlander, el historiador ya no teme sumergirse en la historia familiar y asumir, desde ese marco de intelección, la impronta de su subjetividad.” La historia había golpeado a las familias, “creando un masa de huérfanos sin consuelo que ahora empezaban a buscar a sus padres y abuelos” de quienes no tenían ningún recuerdo y de quienes habían quedado pocos o ningún retazo.

Otra tendencia que se advierte en los nuevos aportes historiográficos que presenta este libro es la importancia de los archivos (y los entramados de poder que rodean su sigilo o su apertura) y con ellos la posibilidad de estudiar la experiencia en ciudades pequeñas, en áreas rurales, en las burocracias menores, o bien en las familias,

escala microhistórica e indiciaria, antes alejadas del foco dominante de la historiografía. En esas escalas las relaciones “cara a cara” entre víctimas y verdugos desnudan con crudeza la relación entre las políticas de arianización y su carnadura en situaciones cotidianas, de cercanías, que muestran el grado de permeabilidad social de los discursos oficiales deshumanizadores del “otro”.

Archivos, enciclopedias, caminos metodológicos, relaciones “entre vecinos”, escalas regionales predominantemente reconstruidas desde la perspectiva de las víctimas, son relevados en los trabajos de Jean-Marc Dreyfus, Tal Bruttman, Ivan Jablonka, Audrey Kichelewski y Florence Heymann.

El estupor del asesinato de millones de hombres, mujeres y niños y la masiva población desplazada dio lugar a distintas acciones de recuperación-reparación cuando aún el humo de los crematorios levantaba su silueta sobre los campos de exterminio. Jean-Marc Dreyfus analiza los avatares, meandros y los no pocos misterios atravesados por pujas de poder de una institución poco conocida: el archivo del SIR (Service International de Recherches).

Los archivos se nombran muchas veces en este libro. En general hablar de archivos impone distancias, mediaciones, cuando no reservas o desconfianzas frente a las políticas oficiales (en este caso de los Aliados) también y en ocasiones, excesivas o desesperadas ilusiones de albergar “la verdad”, tanto más en situaciones límite. Los hay de los perpetradores y los hay de las víctimas.

Descubierto el horror, era tal el paroxismo y la escala de la tragedia que en distintos países de Europa fueron creados servicios de búsqueda para elaborar listas de personas reclamadas por sus familias. Incluso se creó un servicio específico sobre los niños frente a la conmoción internacional de algunas de las consecuencias de la denominada operación “Lebensborn” puesta en marcha por Himmler: la apropiación de niños polacos o más generalmente eslavos. El autor señala que el servicio de búsqueda de niños (creado en 1945) cuenta haber interrogado y controlado a 200.000 niños y adolescentes cuyo origen era sospechado, y que se encontraban ubicados, a veces en orfanatos o más frecuentemente, en familias alemanas. Del mismo año fue el recensamiento de tumbas y fosas comunes de los extran-

jeros muertos en territorio alemán. Los Aliados decidieron la centralización de la documentación de los distintos servicios en la ciudad de Bad Arolsen en 1948.

Puesto en marcha desde 1951, el SIR reunió las actas de los perseguidos, prisioneros y desplazados por los nazis, las listas de transporte, los registros de deceso que pudieron reunir los Aliados durante y después de la Segunda Guerra Mundial, cartografiando la mayoría de la información relevada de muchos campos de concentración.

Dreyfus analiza las vicisitudes de la creación del SIR, su administración por parte del Comité Internacional de la Cruz Roja (que despertó no pocas críticas y polémicas) y sus funciones a lo largo de medio siglo. Por ejemplo: para la ley federal alemana de indemnización de víctimas del nacionalsocialismo (1953), el carácter de víctima dependía en gran medida de una certificación que era tramitada en ese Archivo. Hacia 1970, Arolsen ya había recibido al menos 1,3 millones de solicitudes provenientes de todo el mundo.

El autor problematiza la administración cada vez más tensionada y contradictoria de la institución: cuanto más documentos se descubrían en archivos nazis, cuántos más testimonios salían a la luz, cuando después de la caída del Muro comenzaron a abrirse algunos archivos en el Este, cuando la historiografía y las obras literarias representaban y exhortaban con mayor elocuencia la conciencia pública de la Shoá, la administración de Arolsen (que mantuvo dos décadas y media el mismo director) se mostraba más reacia a su consulta. No fueron pocas las presiones internacionales hasta que se abrió parcialmente en el año 2008 y con más nitidez en 2012. Dreyfus expone las elucubraciones generadas por las negativas a abrirlo: que había documentos inéditos y cruciales sobre la política de Hitler, sobre la Shoá, sobre las responsabilidades de las potencias occidentales, sobre los criminales: “el secreto alimentaba el ruido”. También recorre las posibilidades para la investigación de este bosque de archivos y desarma posibles conjeturas: seguramente allí no se encontrarán ni la orden de Hitler para asesinar a los judíos ni la lista de Schindler (sin embargo en la apertura del conocido como “Archivo del Holocausto” algunas notas periodísticas, no sin sensacionalismo, afirmaron la existencia de la lista).

Sobre las escalas y los mecanismos cotidianos de las políticas antisemitas que llevaron a la Shoá, Tal Bruttman se detiene en la función de las burocracias estatales “menores” bajo el régimen de Vichy. Esas tareas “grises”, en apariencia, inocuas e invisibles, eran desconocidas. El autor repasa las nuevas investigaciones acerca de la labor de municipios, prefecturas, tribunales, servicios de policía y de gendarmería, pero también de rectorados universitarios, servicios financieros, inmobiliarios, en la implementación de las políticas antisemitas entre 1939 y 1941. Ellas evidencian la dinámica procedimental de los escalones más bajos de la pirámide administrativa que sostiene a diario las decisiones políticas y que con sus hábitos rutinarios atravesados por las políticas antisemitas llevó al exterminio.

Esas investigaciones también recorrieron los caminos paralelos que se señalaron antes: por un lado los sentidos de ese “antisemitismo de papel”, anclado sobre inocuas prácticas “normales” de la burocracia menor del Estado genocida y la reacción de las víctimas. Bruttman recorre las investigaciones que pudieron realizarse a partir de rastrear esas dinámicas en archivos corrientes de la administración pública a escala local, solo aleatoriamente conservados. Estudia los métodos, las reacciones de ese poder invisible que muestra hasta qué punto las leyes de arianización habían permeado las prácticas corrientes. En el caso de la prefectura de Isère, por ejemplo, en el análisis de los muchos formularios que después de la ocupación tuvieron que llenar franceses y extranjeros Bruttman va señalando la intencionalidad de las preguntas, por ejemplo: “¿El interesado es judío?” Minuciosamente recorre esa progresión entre identificación de judíos y sus bienes, el control y los acentos (negritas, subrayados, mayúsculas) que muestra un mayor, y quizá precedente, antisemitismo de los funcionarios del lugar, en comparación con las mismas preguntas en otras prefecturas. Es decir, en el entramado administrativo común de Vichy que se ocupaba de aplicar la legislación antisemita a nivel local, funcionarios de diversas oficinas que no pertenecían al Comisariado general de las cuestiones judías se tomaron atribuciones y poderes que sobrepasaban sus funciones específicas. Las decisiones y autonomías de las “burocracias meno-

res” amplificaron la posibilidad de identificar, controlar, perseguir y asesinar planificadamente en gran escala una vez que se desencadenaba la *solución final* en el territorio francés.

Las innovadoras investigaciones a escala regional sobre las víctimas es ejemplificada en más de una ocasión en este libro por la obra *Face à la persécution* (Frente a la persecución), de Nicolas Mariot y Claire Zalc que Ivan Jablonka analiza como un ejemplo de la historia social de la Shoá en territorio francés, aún por escribirse. ¿Cuáles eran las posibilidades de los 991 judíos de la ciudad de Lenz en 1939?: ¿declararse “judío”? ¿Permanecer y proseguir sus actividades ante el peligro? ¿Vender sus pertenencias y huir en familia? ¿Dispersando el núcleo familiar? ¿A dónde y cómo?

Una de las originalidades de la investigación que señala Jablonka es el recurso al método cuantitativo para describir situaciones que habitualmente se vinculan a un tratamiento singular del sufrimiento. Mariot y Zalc eligen otro camino: reconstruyen una serie de la composición específica de la cuenca hullera lensense, desde Béthune a Valenciennes a través de una serie documental muy vasta (entrevistas, fondos privados y archivos de numerosas instituciones) estableciendo las características sociales y demográficas, el anclaje profesional, la configuración familiar, la estructura social de los judíos lenenses, para responder las preguntas iniciales de la investigación que, por sus resultados, deben cambiar.

Como es sabido, la persecución de los judíos comenzaba con su identificación pero establecer esa identidad “judía” para los propios protagonistas no era (ni es) un asunto transparente. Jablonka rescata un ejemplo: en una carta encontrada en un “archivo menor”, una mujer le pregunta al subprefecto sus dudas: ella reconoce su origen judío pero también francés: nació en Francia, es hija de padres franceses y agrega que su padre fue voluntario en la guerra de 1870, su marido en la de 1914 y su hijo en la de 1939. La respuesta de las autoridades es contundente: de padres judíos pertenece “a la raza judía”. “Así, a pesar suyo, esta mujer se entera que una lógica, a la que no está acostumbrada, se ha puesto en marcha: un judío es un judío; ni el sentimiento patriótico, ni la integración pueden cambiar ese hecho.” Las investigaciones, además, ponen en debate los resa-

bios de la legislación, los modos de censar y los sentidos comunes de los funcionarios que toman las declaraciones y los contenidos antiinmigrantes y seudorreligiosos franceses heredados de la Gran Guerra, cuando se incluía el término “israelita”.

Florence Heymann se interroga acerca de la resistencia judía en los guetos a partir de la reseña de la *Yad Vashem Encyclopedia of the Ghettos during the Holocaust*. La obra se inscribe en la serie de investigaciones y publicaciones de la institución israelita más importante de conmemoración e investigación sobre la Shoá. La Enciclopedia sistematiza el conjunto de guetos donde fueron confinados los judíos por los nazis alemanes y sus aliados (ya que incorpora los de Hungría, establecidos por las autoridades húngaras y los de Bucovina, Besarabia y Transnistria por parte de los rumanos).

Heymann señala que es objetivo de la Enciclopedia aportar a las preguntas que no han sido planteadas hasta ahora o a aquellas que no se han logrado responder de manera satisfactoria: ¿había una definición precisa del término “gueto” de parte de las autoridades de la Alemania nazi? ¿Cómo es que se impuso esta idea a quienes concibieron la política antijudía del Tercer Reich? ¿Qué fines eran susceptibles de ser atendidos por los guetos y a qué fines sirvieron efectivamente? ¿Por qué se instalaron en el medio de las ciudades? ¿Era el gueto un objetivo en sí mismo o se trataba de una etapa hacia la *solución final*? ¿Puede decirse que existe un lazo consustancial entre los consejos judíos (*Judenräte*) y los guetos? ¿Cómo se expresó la resistencia judía en los guetos conforme a las distintas circunstancias (demográficas, culturales, geográficas, sociales) que los rodeaban?

Entre otras cuestiones, Heymann advierte que durante mucho tiempo la historiografía de los guetos se asimiló al “modelo polaco” entendiendo el encierro como “etapa preparatoria” de la *solución final*, interpretación deudora de la obra Hilberg. Los nuevos aportes de la historiografía de la Enciclopedia muestran que el gueto nazi no fue un fenómeno unívoco e invariable. Complejizan, entonces, espacios de encierro que no habían sido denominados “guetos” en los documentos oficiales alemanes, rumanos o húngaro y proponen revisar las singularidades en el universo concentracionario. En esa

línea interpretativa multiplican las especificidades de la duración del encierro, el rol de los *Judenräte* (puestos en marcha por los alemanes), que varían significativamente según los países y regiones. Las diferencias entre los guetos explican el rol de los Consejos judíos, su grado de autoadministración, la solidaridad (o la ausencia de solidaridad), identificando cuáles fueron las diferentes estrategias concretas de sobrevivencia.

En otro registro, Audrey Kichelewski analiza el debate historiográfico sobre las vecindades, las responsabilidades y las participaciones de la población civil en un conjunto de trabajos de la nueva historiografía polaca. Escoge para ese delicado e intrincado problema el libro de Jan Gross e Irena Grudzińska-Gross *Les moissons d'or* (Las cosechas de oro). Jan Gross es una referencia en el tratamiento de las relaciones polaco-judías, su libro *Les voisins* (Los vecinos), sobre la estremecedora masacre del alrededor de mil seiscientos judíos, sometidos a las mayores vejaciones y quemados en masa por sus vecinos católicos en el pueblo de Jedwabne, tuvo un gran impacto más allá del campo historiográfico. Su publicación generó polémicas, críticas y debates acerca del antisemitismo de la sociedad polaca antes y después del nazismo, ya que el argumento de Gross es que no se trató de un hecho excepcional. Kichelewski señala que fue tal la conmoción, que se emprendió una investigación por parte del Instituto de la Memoria Nacional en Polonia a fines de verificar los hechos. Si bien esta reduce levemente el número de víctimas señalado por Gross, reveló “que hubo al menos una veintena de otros ‘Jedwabne’ en todas las regiones que pasaron de una ocupación a otra en la Polonia de 1941”.

El libro *Les moissons d'or* analiza el pillaje, las fases y modos de apropiación de los bienes de los judíos por parte de los polacos estableciendo una relación directa entre esa apropiación y el asesinato de sus propietarios. Jan Gross e Irena Grudzińska-Gross reconstruyen las diferentes gradaciones y maneras de exacción que recurrió a todo tipo de medios, desde el chantaje hasta el asesinato, incluso, de manera macabra, el despojo sobre los cuerpos de los asesinados. Una fotografía dispara el relato: un grupo de campesinos posando para la cámara en un semicírculo, de pie sobre una montaña de cenizas de

ochocientos mil judíos asesinados en Treblinka. Los autores reconstruyen los significados de esa foto: buscaban oro y otros objetos de valor pasados por alto por los nazis en Treblinka.

Basados en testimonios, encuentran que esa “cosecha” del oro judío así como la persecución, y hasta incluso el asesinato se constituyó en una “práctica social” avalada y fomentada por las autoridades locales y las de la ocupación nazi. Pero también y más largamente incluso como “patriotismo” para evitar que las tropas nazis de la ocupación se quedaran con el botín. “La planificación de la eliminación de todos los representantes de un grupo determinado [...] es imposible sin la cooperación de los vecinos más cercanos, ya que solo ellos saben quién es quién en el seno de la sociedad local.” El libro da cuenta de mecanismos y transacciones entre las autoridades ocupantes y las poblaciones locales: el sistema de promesas y de recompensas a la participación de los pobladores, que retribuía su colaboración. Kichelewski, a partir de las nuevas contribuciones de las ciencias sociales polacas, explica el proceso de brutalización de las poblaciones y ese pasaje “del antisemitismo premoderno al moderno” para explicarlo.

Aun cuando la autora señale algunas contradicciones en el libro, sobre todo en relación con los testimonios, destaca que la trilogía de Gross: *Les voisins, La peur: L'antisémitisme en Pologne après Auschwitz* (Miedo: antisemitismo en Polonia después de Auschwitz) y *Les moissons d'or*, conmovió las investigaciones universitarias polacas, que finalmente se apoderaron de la temática acerca de las relaciones polaco-judías durante la guerra. Entre ellas destaca las obras del historiador Jan Grabowski (*Judenjagd, Hunt for the Jews*) y de la psicóloga Barbara Engelking (*Qué lindo día hace hoy. Destinos de judíos buscando ayuda en la campaña polaca, 1942-1945*, traducido del original en polaco) de gran originalidad ya que reconstruyen y analizan la Shoá en el mundo rural polaco y el punto de vista de los judíos escondidos o que intentaron esconderse en las zonas rurales polacas para escapar de las deportaciones y de la muerte entre 1942 y 1945. Estas investigaciones abren campos de indagación temáticos y metodológicos dentro y fuera de Polonia; la autora propone, por ejemplo, el estudio de la actitud francesa para

con los “vecinos” judíos en las ciudades y en los campos franceses durante la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, recalca “el silencio ensordecedor” de la Iglesia polaca, sinónimo de asentimiento frente a lo ocurrido hasta hoy día, considerando que los archivos eclesiásticos permanecen cerrados a las investigaciones.

Es importante señalar que al final del libro se presenta una bibliografía temática de estas nuevas contribuciones y una pequeña reseña biográfica de los autores.

Lecturas desde el Sur

En el artículo que cierra este libro, Iván Jablonka retoma y enhebra las contribuciones de las nuevas perspectivas de los estudios acerca de la Shoá. También, las trasciende y avanza abriendo un conjunto de interrogantes y proposiciones de gran poder de interpelación sobre las relaciones entre historia y memoria, sobre el oficio del historiador, sobre atajos, direccionalidades, osificaciones y libertades en torno a la memoria, sobre facticidades, éticas, estéticas y sensibilidades para reconstruir el pasado. Provocativamente, polemiza con varias referencias clásicas y casi insoslayables de los estudios acerca de la memoria, de las misiones, los sentidos y reactualizaciones de las formas del recuerdo. Debate con Henry Rousso sobre “la enfermedad francesa de Vichy”, señala las “obsesiones” memorialísticas al compás de intervenciones negacionistas y giros pedagógicos que se impusieron en la cultura francesa. También —y a mi juicio, con algo de reducción del argumento, o bien, aplanando alguna afirmación de Paul Ricoeur— discute sobre “el deber de memoria”, la influencia algo ritual de las conmemoraciones y los “abusos” de memoria en relación con los “abusos” del olvido. Recorre sentencias consagradas acerca de la Shoá como el “mal eterno” o como “absoluto” (deshistorizadas y deshistorizantes, que clausuran su comprensión) en el territorio de las buenas conciencias: “ejercicio maquinal, *ritornello* lúcido, recordatorio periódico y enfático de los valores democráticos de tolerancia, de respeto, de igualdad entre los hombres”, haciendo suyas las palabras de Alain Finkielkraut.

Jablonka previene sobre cinco derivas respecto de la memoria de la Shoá: la obnubilación, el antiintelectualismo, la banalización, el encierro comunitario, la buena conciencia moral. Sin sus aclaraciones parece una receta y no es así: las desagrega y explica. Asimismo sugiere unas reglas que permitirían neutralizarlas: la celebración de la vida (producir una biografía antes que una necrología); el primado de la investigación (es el conocimiento quien nutre la memoria); el reconocimiento de la especificidad de la Shoá (se trata de un acontecimiento único, no declinable); la universalización de la memoria (los genocidios sobrepasan a sus víctimas); la renovación permanente de los modos de recuerdo y de transmisión (contra la idea fija de un “deber de memoria”). Las enumeraciones y sentencias de esta índole siempre tienen algo de dureza normativa, de taxatividad que –estimo– no está presente siguiendo la argumentación del autor –que no desplegaré ya que recomiendo leer este libro.

El autor desafía la relación consagrada entre la fidelidad de la memoria y el pacto de verdad de la historia, y su irreductibilidad. Propone una subordinación de una a la otra: “la memoria se nutre de saber, no es nada sin él y corre el riesgo de empobrecerse si se la escinde de un trabajo de investigación. Por consiguiente, la renovación historiográfica puede nutrir otra modalidad de recuerdo. Así, frente al “deber de memoria” opta por la “libertad de la historia”. Quizá afirmar que la memoria “no es nada sin el saber” requiera de mayores precisiones acerca de lo que se considera “saber”. Por otra parte, concentrar todo el “saber” en la historia, o mejor, en la historiografía, es tal vez un mandato demasiado ilusionado, ambicioso o monumental (como la Clío declamadora con sus trompetas, su clepsidra, su ampulosidad desfemineizada, quizá algo decimonónica). ¿Fue su intención? Si se repasa la producción de Jablonka podemos afirmar que no: su bello y artesanal libro *Historia de los abuelos que no tuve*, entre la biografía y la historia es –a mi juicio– muy sólido, conmovedor y resistente a cualquier interpretación cianótica y desapegada que descarta explícitamente “mayúsculas y cetros”.¹

¹ Jablonka, Iván, *Historia de los abuelos que no tuve*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2015.

Probablemente esas taxatividades entre historia y memoria señaladas antes, se inscriban en la revisión crítica (y en alguna fatiga) respecto de ciertos estudios de memoria en los que el historiador o historiadora se disuelve entre los testimonios restándose a sí mismo o a sí misma una capacidad explicativa e inquisitiva que empobrece la comprensión o bien que el resguardo formal academicista de la cita documental refuerce esa “máquina de producir distancias” de la historia. También se explica por una preocupación acerca de las formas de testimoniar. El autor hace suya la pregunta de Simone Veil: “¿Cuál será el efecto de conmemoración y de transmisión de la Shoá a las jóvenes generaciones? No será la información la que falte, sino el contacto único, irremplazable, perturbador, de quien dice: ‘Estuve allí y eso fue así’. Tan irreparable como sea esta pérdida para la enseñanza de la Shoá, es necesario estar preparados. La era de los testimonios se termina.” Jablonka se pregunta: ¿podríamos decir que luego de la era del testimonio y del historiador-sobreviviente, comenzaría la era de los nietos?

Iván Jablonka revisó decenas de archivos y entrevistó numerosos testigos en Francia, Polonia, la Argentina, Israel y los Estados Unidos. Fundamenta esa “biografía familiar” y desafía a intentar nuevas formas de escritura y de transmisión que, a su juicio, profundizan la reflexividad histórica. Explicita el porqué de su elección biográfica intimista, casi obsesiva con los detalles como “un medio para intentar restituir a cada víctima su dignidad y consistencia humanas. En esta microhistoria familiar, los protagonistas son seres vivos y no seres para la muerte; se expresan a través de sus vaivenes y fracasos, de sus recorridos y de su normalidad. En este sentido, el asesinato de mis abuelos en Auschwitz-Birkenau de ningún modo representaba un destino o un martirio, menos aún una redención”. Por añadidura, en ese itinerario recorre la dialéctica entre la identidad judía, la cultura yiddish y la militancia comunista de sus abuelos Mate e Idesa, y abre un territorio que entreteje subjetividades y nudos conceptuales que iluminan comprensiones y complejidades. Producto de cierto “malestar epistemológico” propio de lo que denomina la “historiografía de los nietos” afirma que sin ignorar que el asesinato nazi haya sido una muerte masiva administrada al borde

de las fosas comunes o en el caos de la cámara de gas, su elección es “separar cada vida y grabar el nombre de cada uno de los desaparecidos” confiando que junto a la emoción puede surgir la innovación tanto historiográfica cuanto en las formas de testimoniar.

Inequívocamente, estas *Nuevas perspectivas sobre la Shoá* nos invitan al debate crítico del campo historiográfico, estimo que no solo de la Shoá. Llama a nuestra puerta para abrir nuevas preguntas, reponer otras tantas veces formuladas, indagar respuestas, con nuevos invitados.

Jorge Luis Borges prevenía acerca de un riesgo de los resúmenes que “añaden un falso aire categórico y definitivo a lo que compendian” y pensaba que en ocasiones los lectores “eran cisnes aún más tenebrosos y singulares que los autores”. La lectura de este libro es situada: en una América Latina que tiene con sus pasados una relación tensa y actuante. Pasados en los que se inscriben conquistas depredadoras, colonialidades económicas y culturales, dictaduras feroces, maquinarias desaparecedoras y asesinas, muertos y desaparecidos. Pasados que se resisten a olvidar nuestras “matanzas de San Bartolomé”, aun a despecho de las tan transitadas recomendaciones de Renan. En ese “estado de memoria”, la historia aparece no como competidora sino como promesa y compromiso. Esa colocación situada incluye vivir en una ciudad que sufrió dos atentados terroristas sobre instituciones judías mucho antes del 11S, apropiadas con intensidad o negligencia, atentados frente a los que se escuchó en varias ocasiones que murieron “judíos y argentinos”.² Un país en el que hay Madres sobrevivientes del nazismo con hijos/as desaparecidos/as durante ¿la última dictadura militar?, ¿el Terrorismo de Estado?, ¿el genocidio en Argentina?, formas de nombrar abiertas que llevan impresas colocaciones teóricas, temporalidades y muchos debates aún en curso.

Es también la pertenencia a un campo historiográfico (mejor, sociohistórico y de las humanidades que dialogan fluidamente) que hace no mucho más de dos décadas se propuso reconstruir y anali-

² Atentados en la ciudad de Buenos Aires a la Embajada de Israel, el 17 de marzo de 1992, y a la Asociación Mutual Israelita Argentina, el 18 de julio de 1994.

zar la historia reciente (o las varias denominaciones sobre las que se ha debatido mucho) en nuestro país, que también comenzó con la pregunta “¿cómo fue posible?”. Una historiografía que debió fundamentar con todas las reglas del campo su pertinencia con archivos, fuentes, prácticas, conceptos, tesis de doctorado, publicaciones específicas, congresos, talleres sometidos a todas las evaluaciones de la Academia para no “evitarle a la casta Clío contactos demasiado ardientes”. Quizá con algo de capricho situado para lectores del sur hay preguntas que este libro no se propone pero que inspira su lectura: por ejemplo, las valencias e interlocuciones de esas nuevas interpretaciones sobre la Shoá en el paisaje de la historiografía francesa pero también respecto del “estado de memoria” colectiva.

Muchos interrogantes que hemos transitado y seguimos reconstruyendo y analizando con empatías y con distancias respecto de una caliente interpelación social hacia nuestro lugar de historiadores e historiadoras, encuentra entre los textos de este libro sugerencias, inspiraciones, ideas, inquietudes comunes sobre nudos frecuentes de nuestras reflexiones. Por ejemplo: los archivos y los testimonios, los alcances y límites del giro subjetivo en los debates actuales, la política de nuestras prácticas, las escalas de análisis, los consensos sociales pasivos y activos y la vida cotidiana en la dictadura y los engranajes de la maquinaria del terror y sus consecuencias: los campos clandestinos de detención, la desaparición forzada de personas y los niños nacidos en cautiverio, muchos de ellos apropiados por los perpetradores. Hombres y mujeres que hoy tienen alrededor de 40 años de los cuales más de la mitad ignora su identidad primordial y eso marca intensidades y temporalidades potentes que impactan en las formas de pensar y escribir la historia: ese pasado se vuelve presente con cada uno de las 122 nietos recuperados por Abuelas de Plaza de Mayo hasta hoy que no escriben sino que inscriben una historia de verdad y de derechos refundacionales de la democracia en nuestro país. Este libro también contribuye a mirar en un espejo que refuerza singularidades del campo historiográfico argentino, por ejemplo, la centralidad que ocupa la justicia como antónimo del olvido que desafía al campo historiográfico a pensar comparativamente los testimonios, los criterios de verdad, las fuentes, las formas de

reconstrucción y argumentación, asunto inusual en las preocupaciones clásicas de la historia.

Invito a leer este libro porque instiga, azuza y acompaña. Celebro que la colección de Derechos Humanos de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, codirigida por Baltazar Garzón y María Sonderéguer, haya decidido su traducción del original de *La Vie des Idées*, espacio cooperativo intelectual de debates, crítica y difusión dirigida por Pierre Rosanvallon que aspira a renovar las formas de la vida intelectual, para pensar mejor el mundo contemporáneo y democratizar el saber.

Buenos Aires, otoño de 2017.

Comprender, testimoniar, escribir

Annette Wieviorka

En el pasado, este acontecimiento no tenía nombre más que entre los sobrevivientes del sumergido mundo yiddish. Para ellos se había tratado de la *Hurbn*, la Destrucción; incluso a veces la llamaban la “tercera Destrucción”, la que venía luego de la destrucción de los dos Templos. Para los demás, de un modo menos específico, y antes de que el proceso Eichmann lo convirtiera en un evento distintivo, estos hechos formaban parte de la generalidad de acontecimientos propios del “momento de guerra”. Fue conocido como el “genocidio” de los judíos luego de que el jurista Raphael Lemkin acuñara el término. Y esta denominación devino un calificativo jurídico en 1948, cuando la ONU adoptó la convención encargada de prevenir este tipo de crímenes, aunque tardó décadas en imponerse en el vocabulario.

A finales de la década de 1970 y a comienzos de la de 1980, el debate acerca del modo en que debería referirse al acontecimiento se fue enardeciendo: el término “holocausto” (que remite etimológicamente a un “sacrificio por el fuego”) fue rechazado por los investigadores e intelectuales franceses. Tampoco la apelación “genocidio” fue considerada suficientemente específica debido a que daba lugar a toda suerte de comparaciones y de amalgamamientos, sobre todo luego de que, en 1976, Brigitte Bardot lanzara una campaña internacional contra el “genocidio de los bebés foca”, por ejemplo. De este modo es que se empezó a emplear el término hebreo “Shoá”; este nombre ya era de uso corriente en Israel, mayormente entre los miembros de la Asociación de Profesores de Historia y de Geografía, y luego se fue consolidando frente a un público más general de la mano del documental de Claude Lanzmann (1985).

Hoy, estos debates mermaron y el acontecimiento cuenta con un nombre, que afirma su especificidad: “Shoá” en Francia y en Israel; “Holocausto” en el mundo anglosajón y en la mayoría de los